

El cambio (una pausa)

EDUARDO A. BOHORQUEZ

Deténgase un momento. Suspenda la repetición incondicional de los clichés de la vida moderna o posmoderna, la inquietante necesidad de asumir alguna de las dos tendencias conceptuales; posponga la urgencia por nombrarse parte de una taxonomía diseñada para fines prácticos y, con frecuencia alarmante, ni siquiera para ello.

Haga de lado el vértigo del *anything goes* y la argumentación extraordinaria que hizo recientemente en su investigación sobre la-influencia-de-la-servidumbre-en-la-tomade-decisiones-en-Holanda-entre-marzo-y-junio-de-1645. No se ufane de su capacidad para sumergirse en el *entertainment* sin sufrir molestia alguna. Evite la respuesta inteligente: *usted* no recuerda la marca del cereal que *prefiere consumir* porque su libertad, su capacidad de elección, no lo hace necesario. O esquive el rumbo que le parece contrario: nombrar veinte marcas de alimentos (con sus respectivos *nutritional facts*), demostrando que el mundo global le encanta y que se integra con facilidad inaudita.

Salga de la coyuntura. ¿Cómo se ve todo desde ahí? ¿Qué peso específico tiene la última declaración del hombre clave de su gabinete real o imaginario? ¿Cómo mide las palabras del técnico de fútbol en curso frente al tiempo extenso, ante la larga duración? ¿De qué clase de sociedad quiere realmente participar? ¿Cuál es la profundidad de los cambios que le han parecido más significativos en los últimos, digamos, diez años? ¿Disfruta, en medio de la magia de la sociedad de mercado, su vida cotidiana? ¿Se siente parte de un rumbo *civilizacional* que le convence?

Discurriendo entre la ironía y la aproximación sociológica, los cuestionamientos anteriores recuperan la tensión del pensamiento posterior a la ilustración: en los ritmos de la vida social y el conocimiento quedan pocos espacios para la construcción de imágenes deseables, descalificadas por el extremo moderno del pensamiento crítico: construir utopías es negar la falibilidad de las reglas del conocimiento. Todo ha de someterse al escrutinio de la razón, como único remedio contra el dogma y su perversión práctica, el autoritarismo.

Y aun con la razón (tener la razón es una de nuestros simbolismos ilustrados más hondos), con el desarrollo tecnológico y la urgencia de la estabilidad económico-financiera, con la persistente ilusión de control que sólo la racionalidad puede ofrecer, un dilema menos técnico se asoma como marco de pensamiento para los próximos años: qué hay detrás de nuestro imaginario cibernético, cuál es el rumbo de nuestras sociedades, qué criterios las definen, qué tan importantes son los cambios que percibimos con desconcierto y entusiasmo. Para nuestro desconsuelo, no resulta tan claro que la exigencia democrática tenga todas las respuestas, cuando menos si hacemos caso de las experiencias recientes en las democracias tradicionales.

El río y el bañista

Heráclito definió la permanente dinámica de cambio en nuestro planeta a través de la sencillez aparente del fluir de agua. Del nada metafórico ingenio del filósofo griego, la teoría del cambio alcanzó visiones que van del evolucionismo social al materialismo histórico. La idea de progreso, como consecuencia del desarrollo material y de la visión

acumulativa/exponencial del crecimiento económico, permitió dirigir los esfuerzos de naciones completas hacia rumbos evidentes para sus ideólogos, donde los beneficios sólo tenían que decidir entre las maravillas del mundo de libre mercado o aquellas del horizonte socialista con su inminente llegada al comunismo.

La historia habría de cuestionar ambos proyectos, mientras que la aparente contundencia de la idea de progreso era desgastada por el pensamiento crítico de la ilustración. Historia y conocimiento consiguieron desmadejar los determinismos y las doctrinas que suponían llegadas únicas, caminos obligados y ventajas gratuitas. Hoy, empero, el número de los cambios y su aceleración, podrían ocultar nuevamente la singularidad y el rumbo de los mismos.

En este contexto, la tradicional distinción entre los países desarrollados y en vías de desarrollo no basta para explicar por qué Estados Unidos, aún hoy la representación más notable de un modelo económico y de una forma de vida, se encuentra a la cabeza en materia de inequidad por concentración del ingreso. Las diferencias nacionales no describen el tercer mundo en el primero: ante la explosión de lo nuevo, de la última versión en microprocesadores, contrasta la contundencia de barrios enteros sumidos en la marginación y la violencia.

Por su parte, la innovación tecnológica, misma que constituía la salvación tradicional ante las posibles catástrofes de la escasez o crecimiento demográfico, condiciona la aparición de diferencias sustanciales por la forma en que se distribuyen los recursos informativos o en materia de conocimiento dentro de las sociedades contemporáneas. Si el concepto de *sociedad posindustrial* se sostiene, entonces debemos resaltar que la concentración de recursos, en este caso informativos, desarrolla sociedades cuya posibilidad de subsanar las diferencias arriba mencionadas no se ubica entre sus agendas de corto o largo plazo. Promueve la reafirmación de pequeños grupos con posibilidad de acceder y aprovechar la información, para preservar sus intereses, al tiempo que vemos surgir enormes cantidades de usuarios dispuestos a ejercer su derecho a la diversidad, a los ciento cinco canales y a su propia cámara de video. Pero ante todo, la dinámica tecnológica o *posindustrial* favorece la conformación de sectores sociales con altos índices de marginalidad, definidos por la limitación de sus posibilidades de desarrollo y por el riesgo de convertir sus diferencias en algo más que un privilegio metafísico o cultural, esto es, en un elemento de conflicto. Se plantea entonces la paradoja del cambio por el cambio, la innovación por sí misma. Una sociedad que podría confundir cambio con progreso o cambio con rumbo, cualquiera que este fuese.

Senderos

Las distintas experiencias históricas de este siglo hicieron evidentes los riesgos de la *razón que nunca duerme y que produce monstruos*. Marcaron con sus muertos las consecuencias de novísimas ideas, objetivos precisos y gobiernos totalitarios. Dejaron entrever a la democracia como una forma que garantizaba mecanismos sencillos para renovar una élite con otra, al tiempo que hacían posible la existencia de grupos antagónicos que podrían resolver sus conflictos por medios pacíficos. Al mismo tiempo, algunas sociedades abdicaron a sus doctrinas civilizacionales, iniciaron el cuestionamiento de la historia como parte de un proyecto con fines inalcanzables y optaron por la solución del conflicto en la coyuntura. La teleología y el totalitarismo encontraron su contraparte histórica en el pragmatismo y la inmediatez.

Inmersos en los desencantos y las crisis, ahogados por la cultura de lo efímero, parece oportuno rescatar una distinción que, aunque vinculada con ciertas interpretaciones históricas, no puede descartarse de forma tajante: *las utopías son también ucronías*. No

pueden tener historia, porque solamente dan forma a valores. En la explicación de Alain Touraine puede discernirse un elemento que el atroz curso histórico de nuestro tiempo rechaza o descarta. Mientras privilegia la rapidez y el espíritu de lo nuevo, el hombre no puede evitar imaginar nuevos rumbos.

Así, ante la imposibilidad —no sólo razonable, sino contundente— de erigir destinos a prueba de disidentes, puede surgir el propósito de replantear nuestros modelos civilizacionales. Hoy sabemos que nada nos mantenía atados al progreso en su concepción típica, que esa fantástica comunidad conocida como Occidente está en crisis, que la comodidad de la coexistencia de criterios antagónicos se mantiene vigente, pero al mismo tiempo, podemos reconocer los límites de las soluciones temporales, la necesidad de dar sentido histórico a nuestros futuros y, probablemente, el planteamiento de senderos que abran el paso a valores novedosos y destinos aceptables.

Si en sentido estricto, el cambio histórico de los últimos cinco siglos ha definido relaciones sociales totalmente distintas y elementos de calidad de vida cada vez más extensos, los últimos cincuenta años probaron la radicalización de estas tendencias al grado de modificar los contrapesos que mantenían estable un sistema mundial como el de la posguerra. Bajo el cobijo de la amenaza nuclear y la Guerra Fría, un número mayor de *ciudadanos* aparecieron en el mundo, en tanto que algunos derechos cívicos se han vuelto casi universales. El tiempo y el espacio humanos han quedado prácticamente redefinidos, y las fronteras del conocimiento humano son derribadas día con día. De forma simultánea, los retos parecen extenderse. Las transiciones políticas democráticas compiten con la extensión de la corrupción, el narcotráfico y la violencia; la inestabilidad de los gobiernos se vuelve un asunto cotidiano y los conflictos sociales estallan con frecuencia cada vez mayor. Podemos seguir con las respuestas inmediatas. Valdría la pena cuestionar, sin agregar dogmas, los caminos por los que transitamos, los valores con los que decidimos. Es un asunto de la agenda que no debería relegarse. Por lo mismo, sencillamente deténgase un momento.